

Documento: La senda roja

Bernardo Vélez

Introducción documento:

El documento que presentamos en esta edición es un cuento de Bernardo Vélez publicado en "Lectura Breve", suplemento semanal de la revista "Sábado". Tiene especial mérito por la descripción que hace del Guayaquil de la segunda década del siglo XX, cuando era un barrio arrabalero y tormentoso.

Como cuentista Bernardo Vélez es quizá el mejor caracterizado entre quienes cultivan tan bello cuanto difícil género literario en Colombia. La sencillez diáfana de su estilo, su observación profunda y certera, su fiel copia escrita del lenguaje hablando, todo eso les

da a sus cuentos sabor propio y les pone con su firma el sello infalsificable de lo bueno.

Un detalle interesante hay en la personalidad de Bernardo Vélez: es un retraído, a quien no se ve nunca afuera, en las agitaciones populares, ni en las reuniones de la sociedad, ni en círculos de ninguna especie.

Y sin embargo, hay en sus cuentos pinturas de la vida real tan vivas y exactas, que uno al leerlos imagina que su autor es un asiduo de los sitios que describe y un devoto de las costumbres que apunta. ¿Cómo puede realizarse este fenómeno de observación a leguas? Si él lo dijera, satisfaría una justa curiosidad nuestra, y del público que le lee y le admira como nosotros.

Gabriel Cano

LA SENDA ROJA

1

La llegada repentina de Valentín, produjo honda conmoción en el *Hotel Polonia*, llamado así por su dueña y administradora Apolonia Roldán, conocida con el nombre de Polonia en el barrio de Guayaquil, en donde era muy popular y acatada entre ciertas gentes levantiscas y aventureras.

Valentín figuraba como cliente antiguo del Hotel, y siempre que su vida hampesca le permitía un reposo en la ciudad, iba a dar allí sus huesos, encontrándose como asalto en hornacina, por el acomodamiento y acomodación con que le distinguía la

propietaria. Teníale también cierto apego íntimo, que daba algo en qué pensar, pero que no le quitaba muchos quilates a su fama de mujer, muy de capa caída. Cincuenta y obesa aunque todavía morocha, Polonia había encontrado en aquel entable de fonda un descanso para su cuerpo, cansado de correr aventuras, y de refuerzo para su bolsa, que no siempre estuvo muy repleta.

Sus relaciones con personas de malas costumbres, habían convertido el hotelucho en un lugar vigilado por la policía. De tiempo en tiempo, salían de allí algunas entruchadas, en la última de las cuales, una falsificación de monedas, se vio comprometido el mismo Valentín.

Libre ahora de todo castigo, a beneficio de un veredicto absolutorio por falta de pruebas, regresó al *Hotel Polonia*, mientras se le presentaba, según dijo, un negocio rápido, que le proporcionase los medios de trasladarse a Manizales o a otra ciudad lejana, en donde dejase en paz la policía.

Mozo trientañal, bien parecido, de muchas ínfulas y bastante desgarró, abriase brecha en todas partes porque era un extremo diestro en las artes de bandearse en la vida. En sus andanzas de Medellín a la costa, había conocido a Polonia cuando esta cristiana dirigió un hotel en Cisneros.

Entre los comensales del Hotel Polonia, había uno especialmente que le tenía tirria, y a un tiempo miedo infundado, quizá por creerlo celoso del cariño de Polonia. Llamábase Martín, y era un peluquero de la vecindad; su oficina de barbería se comunicaba por una puerta excusada con el interior de la fonda. Su fisonomía no marcaba ninguna edad aproximada, pues lo mismo podía tener cuarenta años como sesenta. En su

cuerpo, endeble y pequeño, se destacaba la cabeza, coronada por abundante cabellera, aun negra, partida en dos crenchas rizadas; y en aquella cabezota sobresalía, como distintivo, la nariz, rojiza y grande, rematada por un grano permanente. Las piernas, zambas y ceñidas por estrechos pantalones, no guardaban la debida proporción con el cuerpo.

Otro de los vecinos del Hotel, y comensal a la vez, era don Sergio Pereira, comerciante al por menor, personaje tacaño y taimado, sesentón y muy retraído, por efectos de la avaricia, que le hacía desconfiar de todo prójimo.

Martín y don Sergio eran muy amigos y compañeros de mesa, y después de la última comida solían aislarse en uno de los corredores del patio principal de la fonda, a fumar y a sostener una conversación, monótona por parte del mercader y animada por la del peluquero. Aquella noche de la llegada repentina de Valentín, departían como de costumbre, comentando que aquel suceso iba a introducir un cambio en la marcha del mesón. Porque siempre acontecía que el arribo del aventurero llevaba allí una concurrencia de gente sospechosa de la hampa de Guayaquil, gente que busca la proximidad explotable del mercado y de las estaciones ferroviarias, en donde abundan los forasteros. Don Sergio ignoraba la noticia, y el barbero se la espetó en voz baja.

—¿No sabe, don Sergio? Ya volvió aquel perdulario

El comerciante comprendió en seguida de quien se trataba, y acogió la nueva con gesto recontrariedad. Amén de la taifa que invadía el Hotel durante la permanencia de Valentín, sucedía que Polonia descuidaba

el servicio, por atender preferentemente al recién llegado.

—A cosa buena no viene— siguió diciendo el peluquero— ¡Quién sabe qué bribonadas trae entre manos!

Y al decirlo, miraba hacia el comedor, en donde comía Valentín, como temeroso de que éste lo oyese. Pero Valentín sólo pensaba en apiparse, en desquite de las semanas que llevaba de mal comer. La misma Polonia le servía la mesa; pero su obesidad no le permitía moverse con la prontitud deseada. Entonces, saliendo hasta el zaguán, grito, con su voz fuerte y bronca de contralto:

—¡Cándida! ¡Cándida!

Cándida, la sirvienta, que platicaba en la puerta de la calle con su novio, un soldado de vecino Regimiento, entró, haldeando, y no paró hasta el comedor, alumbrado como el día por dos focos eléctricos. Valentín se limpiaba el bozo con una servilleta tiesa a fuerza de plancha, mientras que a Polonia se le caía la baba, viéndole engullir con tanto gusto.

—Vaya, Cándida, por el dulce, que está en la despensa— le ordenó Polonia, con la dureza que gastaba siempre con sus inferiores.

Y Cándida obedeció humildemente, resignada en su papel de fámula. Era moza hasta de veinticinco años, fresca, de carnes prietas y rostro que vertía la santidad en sus colores.

—¿Es nueva?— pregunto Valentín, apenas Cándida hubo salido. Y se relamió goloso le bocera que le dejara un sorbo de espumosa leche.

—La recibí hace apenas quince días— respondió Polonia— Parece una muchacha formal... Hasta ahora va bien. Pero, ya se sabe: ¡se dañan tan pronto! Desde que consiguió novio y coge la calle, no hay nada qué hacer.... Ojalá que le dure la formalidá....

Y se calló, porque entraba Cándida, llevando el dulce en un plato pequeño, colocado sobre otro grande, con un cerco de galletas y una rebanada de queso blandujo, más blanco que la misma loza.

Después del café, Valentín encendió un cigarro y empezó a consumirlo con delectación. Polonia, acomodada en la mecedora, se dispuso a escucharle. ¡Tantas cosas que tendría qué decirle el mozo, de su vida pasada, de su estado presente y de sus proyectos futuros! Pero Cándida, que arreglaba unos vasos y platos en la poyeta de la pared, le impedía franquearse; y su ama la alejó con el primer pretexto que se vino en mientes.

—¡Cándida! Ya se sabe que hay que arreglar el catre en la trastienda....

Cuando Valentín habitaba el hotel, dábanle el cuarto del peluquero, y entonces éste se veía en caso de dormir en una pieza angosta y oscura, que le servía de trastienda en su despacho de barbería.

—Hay que poner el catre, don Martín— le dijo Cándida, llegándose a él e interrumpiendo su conversación con don Sergio. Este se levantó para despedirse. Gran madrugador y hombre de costumbres finas y morigeradas, se recogía temprano.

—Ya sabe, don Sergio— le dijo Martín, bajándose el párpado del ojo derecho con el índice— mucho cuidado con aquel pajarraco...

Y se despidieron hasta el día siguiente.

El catre, un catre mugriento y viejo, yacía en un desván. Entre Martín y Cándida lo llevaron en vilo hasta la trastienda, adonde llegaba un vaho de perfumería ordinaria. Mientras desfojaba su mal humor, el salaz peluquero aprovechó la oportunidad para pellizcar a la mujer en las partes mas blandas y salientes.

—¡Qué pejiquera pasar la noche en esta pocilga! Quién sabe hasta cuando....Y usted, Cándida Rosa, prepárese pa que ese hombre la persiga, por que es el mas perro que hay....

Y como Cándida le mirase sin comprender, añadió, atizándole un pellizco:

—¡Ese hombre que acaba de llegar! ¡Ese Valentín!

Nerviosamente, empezó a quitarse la americana de dril pringosa de pomadas y grasas, y el chaleco, que lo gastaba de fantasía. Para no verlo en paños menores, pues su físico de gorila le repugnaba, Cándida se marchó, sin arreglar la almohada y el cobertor del catre.

Como Petrona, la cocinera, dormía en su casita, Cándida ocupaba sola el cuartucho designado al servicio, un patiecillo hediondo, en donde se depositaban todos los desperdicios y las lavazas de la fonda. Ocupaba ésta un edificio bajo, antiguo y destartado, que apenas tenía a la calle la puerta del zaguán, pues el resto del frente comprendía la barbería de Martín y la tienda de don Sergio... Dormía éste en la pared interior de su local, formado por dos piezas amplias, repleta la una con las telas y bujerías de aquel comercio, y la otra con el depósito de mercancías, apiladas sobre tarimas, con la cama de madera y con unos pocos muebles de segunda mano. Por miedo a los ladrones,

don Sergio no desamparaba su negocio ni de noche. En el barrio se decía que ocultaba allí un tesoro, el producto de largos años de venta constante.

Pronto, en el hotel reinó la calma. Solamente en el comedor, alumbrado apenas por uno de los focos eléctricos, se oía el runrún de la voz de barítono de Valentín, entreverada de tiempo en tiempo con la voz de contralto de Apolonia Roldán.

2

Al día siguiente era viernes, el día de mayor ajeteo en el barrio, por la proximidad del mercado, vientre de la urbe. Desde el amanecer hormigueaba una multitud heterogénea, que invadía las calles y se colocaba en las abacerías, en demanda de un desayuno. A medida que ascendía el sol, aumentaba el gentío, un gentío bullicioso e inquieto, que hablaba a gritos, ofreciendo o solicitando mercaderías o víveres.

Circulaban carros y se establecían tabancos al aire para los mas pobres, para aquellos que no podían darse el lujo de comer en la fonda, a la sombra y cómodamente. El barrio se componía de tiendas, de boticas, de abacerías, de pulperías, y especialmente, como distintivo, de hoteles de mal pelaje, en donde la principal industria consistía en el servicio de mesa.

Las zabaceras se instalaban hasta en los zaguanes, y era difícil transitar en aquel maremagno, aunque las calles, amplias y extensas, permitían el movimiento ordinario. Pero los trenes, los tranvías y las carreteras seguían vomitando gente, sin descanso, como oleaje humano que se encaminaba de preferencia al edificio de mercado.

En el "Hotel Polonia", como en todos los establecimientos de su clase, el trabajo aumentaba aquellos días considerablemente, sin necesidad de aparroquiar, y aun era preciso devolver clientes de la puerta, por falta de espacio y de bodrios.

Para Cándida era el viernes un día temible. Tocábale servir las mesas con la mera ayuda de la gordinflona dueña. En el comedor, demasiado estrecho para tanta concurrencia, y en los corredores del patio principal, recolocaban las mesas, cubiertas con sucios manteles, cuya suciedad iba aumentando hasta convertirse en algo que estomagaba a la sola vista. Aglomerábanse allí campesinos, revendedores de frutos, chalanos, alarifes, negociantes en víveres, buhoneros y una clientela foránea de ocasión, que se renovaba semanalmente.

Para los comerciantes al por menor, era el viernes el día de mejores ventas. Don Sergio, sin salirse de su paso de buey cansino, medía telas sobre la vara, sin parar un momento, multiplicando su atención en el cuidado de la parroquia, que se apretujaba de extremo a extremo del local. El mismo Martín no daba abasto en su barbería, luchando por establecer un turno riguroso, aunque se proveía de un ayudante, un pobre aprendiz que desollaba a los campesinos y a los arrieros a diez centavos por barba.

Cándida se recogió aquella noche despeada y dolorida, con el cuerpo magullado y la cabeza tolondra. Las plantas de los pies le latían y sentía las manos hinchadas y torpes, por el calor y el ejercicio.

La cocinera acababa de marcharse, después de soltar la bramona, porque el aumento de su oficio la ponía de malísimo humor, y era entonces cuando se desplicaba en la pobre Cándida, a falta de otra víctima. Acontecía

lo mismo a Polonia, que era maestra en dar matraca al servicio; nunca, el día viernes, le faltaba la rabieta, con el menor pretexto.

Cándida se tendió en su camastro. No se encontraba dispuesta a salir a la puerta de la calle, como de costumbre, a conversar con su novio, el soldado del batallón vecino. En su vida triste y resignada, no se creía con derecho a ningún esparcimiento. Asemejábase a esas bestias de carga que no descansaban ni para alimentarse, y que parecen nacidas con la albarda sobre el lomo. Por hábito y por necesidad, aguantaba el julepe de Polonia, como había aguantado siempre el de otras amas.

Muy vagamente, evocaba sus siete años de vida urbana, llenos de dolores, de angustias, de humillaciones y de caídas. Recordaba también, mas claramente, su infancia y su juventud en el campo y en su pueblo natal, Concordia, de donde la trajera se madre a la ciudad, en busca de una colocación para ambas, que les diese modo de vivir.

Muerta la madre poco después, en casa de una mujer que las recogió por misericordia, Cándida siguió rodando y cayendo, inconcientemente, resignada en su martirio, como si Dios misericordioso no la hubiese echado al mundo para otra cosa. Trabajó un tiempo como trituradora de café, en un establecimiento de Guayaquil. Comía escasamente (y siempre fue glotona) en un tabanco, y de noche se aislaba en un cuarto amplio, pero en común con otras personas sin techo, mediante una exigua suma. De allí la sacó una cobertera, hallándola tentadora para el vicio y aprovechando una suspensión de trabajo en la fábrica por falta de café.

Y Cándida conoció así los conventillos que abundaban en el barrio, sin que su alma se

pervirtiese al contacto del fango, conservando cierta pureza, gracias a su buena índole. Sirvió luego en casa de una mozcorra de medianos posibles, que tenía pianola y servicio de cantina, con otros aditamentos pecaminosos. De allí pasó a poder de otras amas, no siempre escrupulosas, que explotaron su cuerpo o su servicio, sin dejarle ningún provecho.

En el espacio de tres años tuvo dos hijos, que murieron en edad temprana, sin dejarle otro recuerdo que el de los sinsabores del hospital y del arrimo en techo extraño. No conocía del amor sino la parte vil y grosera, la cachondez humana, las palabras obscenas, la envidia y corrupción de las mujeres perdidas y la bestialidad de los hombres. Su espíritu apocado y su escasa experiencia, la convirtieron siempre en víctima de los más audaces y mauleros.

Al fin, cansada de rodar y de caer, había encontrado aquel puesto de criada en el "Hotel Polonia", que era como una canonjía después de tantas miserias y desventuras. Soportaba por eso con paciencia las impertinencias y los abusos de las ama y de la cocinera, que le tiraban al codillo, envidiosas quizá de su juventud y del frescor de sus carnes rosaditas y prietas.

Cándida se había acostado sin desvestirse, de puro cansada. Hallábase la fonda en silencio, en la quietud de la ciudad abandonada, porque el barrio todo descansaba, después del ajetreo del día. El arribo de Valentín turbó el silencio. Regresaba de un garito vecino, situado en el segundo piso del edificio de fábrica, que sobresalía delante de la vetustez y el achatamiento de las casas bajas, y que se ufanaba de su aristocrático nombre de Club. Polonia se había acostado desde temprano, con fuerte dolor de cabeza, y desde la cama gritó, con su voz bronca e imperiosa:

–¡Cándida! ¡Cándida!

Saltó ella del lecho, restregándose los ojos adormilados, y se dirigió al comedor, en donde encendió la luz para arreglar la comida de Valentín.

Sentía vergüenza de presentarse delante de éste, mugrienta y mechosa, con aquellas ropas de pobreza que no le permitían cambiarse sino muy de tarde en tarde, y que su oficio maculaba sin consideraciones. Valentín se había adonisado por la mañana con lo mejor de su baúl: un terno gabardina de color kaki, sus zapatos blancos y camisa de seda, prendas que realzaban su buena fachada. Era de mediana estatura, un poco delgado, musculoso, de cabello y bigotes negros, híspidos, pero que lucían al lado de su color morena y de sus facciones finas.

Quedóse mirando a Cándida, sin descaro, con cierta curiosidad bondadosa, que pretendía crear un lazo íntimo, que entre las gentes refinadas se llama un “flirt”.

–Cándida...–empezó diciéndole suavemente– ¿No se llama usted Cándida? (Signo afirmativo de cabeza). Pues bueno, Cándida: me da pena molestarla, después de la tarea que ha tenido, y a semejante hora....-

Ella, sin atreverse a responder, sonreía, ruborosa, no por falso pudor, sino porque se encontraba tan insignificante. Y mientras le prestaba los platos, él continuó, con su ufanía de conquistador:

–Desde ayer, que la conocí, me fue muy simpática.... Ya sabe: espero que seremos amigos.

Y siguió hablándole, hablándole, con esa labia que empleaba para embaír a las

mujeres, pero sin propasarse a un piropo licencioso, ni a una de esas confianzas que usaba el peluquero Martín.

Cándida, azorada y humilde, se limitaba a responder con pocas palabras, sorprendida también al ver que alguien la trataba con dulzura, como a persona digna de atención. Era para ella un fenómeno aquel hombre que no se complacía en molestarla....

Y aquella noche se durmió pensando en Valentín.

3

Establecióse desde entonces entre el aventurero y la criada una amistad íntima, que no pasó inadvertida para los principales personajes del Hotel. De éstos, el único que no le dio importancia al asunto fue don Sergio, embebido exclusivamente en su negocio de expendio de telas y bujerías, y ajeno a toda clase de complicaciones de carácter íntimo. El peluquero Martín manifestó su malhumor, no perdiendo ocasión de zaherir a Cándida, hasta que un día le sorprendió Valentín, y en castigo, le agarró de una oreja con tal fuerza, que casi se la desprende. Polonia, aunque recelosa, se mantuvo dentro de términos prudentes, haciendo oídos de mercader, por el respeto que le inspiraba siempre Valentín, y por los servicios que le prestaba Cándida, mediante una módica mesada. Fuera de su trabajo y de su paciencia, era la muchacha un magnífico anzuelo de clientes rijosos. La cocinera tomó con mayor empeño el asunto. Dábale constante cantaleta a la oveja de Cándida, acostumbrada a toda clase de malos tratamientos.

–Ole, Cándida– le decía– ¿Vos por qué sos tan perra? Respetá siquiera la casa, que no es una casa pública, como otras en que

has tao. Si querés andar detrás de todos los hombres que te matan el ojo, cogé la calle o entregáte a esa vida.... Eso no es decente, ole, que te aproveché de la tolerancia de Polonita, que le pasa todo a Valentín, porque le tiene cortao el ombligo. Dejáte de enredos, no siás escandalosa, que ésta va'tener un mal remate.

Y Cándida callada, aunque sabía de sobra que Petrona no era la llamada a reprenderla, porque tenía detrás de sus cincuenta años que ya no le permitían conquistas, una historia de perdición y de viciada existencia. Pero estos y otros sinsabores hallaban su resarcimiento en la amistad de Valentín. Ya Cándida no salía, como antes, a la puerta de la calle, en los ocios que le dejaba su oficio, a platicar con el soldado, el cual rondaba inútilmente la acera, en un corto trecho. Cándida no le temía, a pensar en las advertencias de Petrona.

—Mirá que esos demonios de soldados son muy peligrosos. El día menos pensao te rompe la barriga con la bayoneta....

¿Y qué? ¿Por eso había de olvidar a Valentín? A Valentín, que tanto se esmeraba con ella, que le hablaba siempre con cariño, como persona y no como bestia. Solía llevarle regalos, muchas veces de poco valor, como una fruta, un cucurucho de confites o un paquete de galletas, que ella agradecía en extremo, porque era muy golosa. Dióle con que comprar unas zapatillas de cuero charolado y medias blancas, su único antojo en la vida. ¿Podía acaso echar en olvido tantas mercedes?

Más que amor, lo que sentía por Valentín era adoración sumisa de esclava, gratitud de sierva, que se hubiera dejado apalear sin quejarse, aun con gusto y deleite. Por

vez primera, su espíritu se elevaba sobre las bajezas de la materia, purificándose su alma, que tantas veces había penetrado en el fango sin corromperse.

En el apego del mozo había, más bien que apetito carnal, un deseo innato de cariño a la hembra, ansia protectora ante la débil criatura, la piedad del fuerte, la avidez del calor casero tras una vida andariega. Y sentía con antelación la congoja de la despedida, al comprender que su sino de tarambana lo empujaba hacia los viajes precipitados y hacia las aventuras descabelladas. Porque pensaba ausentarse, y en su cabeza insistía tenazmente la idea de marcharse pronto, trazando desde luego el itinerario a Manizales—Cali—Buenaventura, y después un vuelo mas lejano a Panamá, al Ecuador, quizá a Perú....

Para llevar a cabo su proyecto, érale preciso dar un golpe de audacia y de riesgo, inventando alguno de esos trapicheos que conducen a la cárcel. Hombre sin escrúpulos, sentíase capaz de un acto heroico o de una fechoría. Empezó por entonces a acompañarse de gentes protervas, de tahúres fulleros y de tipos remolones, que abundaban en el barrio, gentes sin oficio ni beneficio lícito, que lo mismo daban una puñalada como rompían un almacén para robar. Su quedada en Medellín tenía por único objeto hacerse con fondos, por cualesquiera medios.

Otro acontecimiento complicó por aquellos días la vida en el "Hotel Polonia". Don Sergio Pereira enfermó, a raíz de unos atracones, porque era excesivamente glotón. Su corpacho necesitaba mucho combustible, y como la hospedera le cobraba por semanas, sin pensarle ni medirle los jigotes y pistrajes, comía sin miedo, por dos personas como Martín, por ejemplo, que era remilgado y parco en la mesa.

De tiempo en tiempo, solían caerle al mercader esas conmociones estomacales, periódicas como una erupción del Vesuvio. Polonia las denominaba “derrames biliosos”. Pero el de aquella vez se presentó mas fuerte se presento más fuerte que los anteriores. El viejo se atortoló, no tanto por el trastorno físico cuanto porque el achaque le impedía consagrarse de lleno a su negocio. Era tan agarrado, que estimaba en más el dinero que la salud.

Su color moreno verdoso se tornó cenizo; sobre la piel, de una palidez de muerto, se veían más claramente las señales de la alfombrilla, numerosos hoyuelos que le cubrían el rostro. Sudábanle las manos y la piel toda; el aliento se le puso mas fétido y el gusto mas saburroso. Polonia se alarmó y habló de llamar a un médico. Pero don Sergio se confundía al pensar en la cuenta y en las drogas, y aceptó un purgante drástico, recetado por Martín, que acabó de complicar la situación.

–Vea, señor– le decía Polonia– que usted esta mal.... ¿Quiere que le llamemos al médico?
–Mas tarde, si no mejoro– respondía el viejo. Verá que mañana amaneceré aliviáito.

Pero llegaba el día siguiente, y la enfermedad avanzaba, consumiendo aquel cuerpo pesado y aquella sangre linfática.

–Pa’ mi no hay duda que aquel bandido lo ha envenenado– pensaba Martín, sin atreverse a decírselo a nadie.

¡Ah! Si Valentín llegara a oírlo! Ya le había anunciado un castigo, con relación a Cándida.
– ¡Vé, só sinvergüenza! Sin volvés a decirle algo a esa muchacha, te corto una oreja.... O una nalga.

Y el peluquero vivía en brasas, midiendo sus palabras, sus miradas y hasta sus más íntimos pensamientos.

Como don Sergio empeorase fue preciso buscar quien lo acompañara de noche.

–El día menos pensado, amanece muerto este pobre señor– repetía Polonia, confundida.

Pero no le valió tenacear su idea de que lo examinase un médico, porque el enfermo se sostuvo en su capricho.

No se le conocía familia, ni en diez años que contaba de vivir en Medellín, se le había visto un pariente. Si existía alguno, nunca hablaba de él. Decíase, sin embargo, que tenía mujer y dos hijas casadas, allá en su pueblo, en Sopetrán o San Jerónimo, en donde había sido comerciante, hasta su quiebra solapada. Pero como todo alzado, supo guardar dinero, que le sirvió para establecerse en el barrio de Guayaquil, comprando una ancheta para empezar y luego un surtido completo, que fue aumentando, a medida que la plata le entraba a chorros. Murmurábase también que su mujer había huido del hogar, al verle quebrado, para amontonarse con un agricultor rico y que las hijas no le tenían en cuenta para nada creyéndole de veras en la ruina. Este torcedor había contribuído seguramente a tornarle tan cazurro y reconcentrado.

4

A Cándida le correspondió la asistencia de don Sergio durante la noche. Arreglárole una tarima en la trastienda, no precisamente para dormir sino para echarse, en los ratos en que el viejo se quedaba quieto. Traíala al retortero con sus necesidades, porque se pasaba oyendo ruidos sospechosos y delirando con ladrones. Otras veces quejábase de sed, y

Cándida tenía que levantarse a darle agua con azúcar y zumo de limón.

La enfermedad revivió la leyenda del tesoro, de aquel “entierro”, como dice el vulgo, que se suponía empotrado en el muro o escondido bajo tierra, en alguno de los rincones del local. Los vecinos aseguraban que de noche oían sonidos misteriosos y que veían luces sobrenaturales, procedentes de la hucha. Y el empeño de don Sergio de no moverse de la trastienda, confirmaba semejantes rumores.

Al anochecer, Martín le acompañaba y le distraía con sus andróminas y chismes, en los que salían a figurar Valentín y Cándida.

—No sé como Polonia tolera este escándalo— decía el peluquero, fingiéndose ofendido en su dignidad de huésped.

Cuando salía Martín, entraba Cándida, por una de las puertas de la calle, que dejaba entornada, hasta que ella la cerraba por dentro pasadas las nueve.

Una noche, Valentín le propuso que la dejase sin aldamas. Cándida se negó en un principio, creyendo que se fraguaba un robo grande. Pero Valentín se empeñó en probarle que sólo pretendía escoger algunos ponchos y toallas que había menester para su transplante a Manizales. No tardó Cándida en blandear, sintiéndose incapaz de una negativa rotunda, tratándose de Valentín. Hubiera dado por él la vida ¿y había de negarle una sisa en el surtido de don Sergio, de que éste no se daría ni cuenta?

Y convinieron el día y la hora: un martes, al filo de media noche.

La víspera, Valentín arregló su equipaje y lo despachó por el ferrocarril, quedándose

escotero. El miércoles a las seis tomaría el tren hasta Caldas.

Martín empezó a sentirse libre de un peso y de una amenaza, y el mismo don Sergio pareció mejorar con la noticia. El “Hotel Polonia” iba a recobrar su antigua calma, porque, a la sombra de Valentín, acudían muchos personajes siniestros, que andaban siempre con ciertos amasijos.

A la hora convenida, Valentín se llegó a la tienda, apoyándose suavemente en una de las puertas, que cedió, presentándole un fondo negro, oscurísimo, en donde se respiraba una atmósfera tibia. Afuera, caía una lluvia recia. Empezaron a formarse aguazales en las desiertas calles, alumbradas melancólicamente por escasos focos eléctricos.

Valentín cerró la puerta y trató de orientarse en la oscuridad. Al tropezar con el mostrador, se detuvo. A pesar del ruido de la lluvia, oía claramente la respiración silbosa del enfermo. La escuchaba azotar los muros, el viento ululaba, formando como un quejido prolongado.

Valentín avanzó, lentamente, guiándose con las manos en el negro vacío. Y llamó en voz baja:—¡Cándida!

La mujer, que no dormía, se rebulló en la tarima, para mostrar que había oído.

Valentín encendió entonces una lámpara eléctrica, y la pieza se iluminó, apareciendo don Sergio, acurrucado en la cama, con el cobertor subido hasta las axilas.

Cándida se enderezó, procurando no hacer ruido. Apagó Valentín la lámpara, y dio principio a la busca, ya orientado, palpando

los muebles y las paredes y examinando el suelo, codicioso del tesoro, que debía estar en aquella trastienda. Impaciente, derribaba las piezas de género y golpeaba los tabiques, solicitando una oquedad que le pusiese en la pista.

Cándida, sobresaltada, contenía su respiración, temiendo que don Sergio despertase.

Y así trascurrió un cuarto de hora, larguísimo y lúgubre.

De tiempo en tiempo, los relámpagos iluminaban la pieza por un instante; y Cándida veía al viejo, que parecía muerto sin el silbido de su respiración, y a Valentín, que recorría la estancia en cuclillas, con agilidad de gato, llegando a veces hasta el pie de la cama, colocada en uno de los ángulos interiores.

Valentín se detenía para enjugarse el sudor y para besar un frasco de aguardiente de que se había provisto; y volvía a la tarea, perdiendo la paciencia, desesperanzado de dar con el tesoro. Varias ocasiones encendió la lamparilla y la paseó de arriba hasta abajo, hiriendo los ladrillos de que estaba solado el suelo.

¡Nada! ¿Dónde tendría el avaro la llave de la caja de caudales?

Seguramente debajo de la almohada, de modo que nadie pudiese sustraerla sin que él lo sintiera.

Cándida columbró que Valentín buscaba el "entierro". Muda, encogida en la estrecha tarima, asistía a la escena, rezando en voz baja, temerosa de que don Sergio despertase.

En sus rebuscas, Valentín derribó un mueble. Cándida se santiguó, en la oscuridad, y todo quedó en silencio. Pero don Sergio, dejando de dormir, la llamó.

—¡Cándida! ¡Cándida! ¿Quién anda ahí?... ¡Cándida!
—¿Señor?
—No señor... Nadie.

Más el viejo, intranquilo, encendió una cerilla, y con ella la vela que tenía cerca de la cama, sobre el nochero.

Valentín no tuvo tiempo de esconderse, y el comerciante lo vio, a poca distancia, en actitud amenazadora.

—¡Ladrones!— gritó, levantándose apresuradamente.

Su cuerpo, en calzoncillos y camiseta, parecía más grande, casi gigantesco, y el temor le prestaba alas.

De un salto, Valentín se le fue encima, apagando la vela al pasar. Y los dos hombres se abrazaron, en la oscuridad, conteniendo el anhelo.

—¡Ladrón! ¡Bandido!— exclamaba D.Sergio
—Querés robarme?

Valentín nada respondía. Desde la tarima, Cándida escuchaba pávida, cubriéndose el rostro con el cobertor, como para no ver la escena.

Sintió Valentín que el avaro lo mordía, rabioso, mientras trataba de acogotarlo. La lucha estaba indecisa, por la desigualdad de peso; y si don Sergio seguía gritando, acudirían los vecinos.

Con una de sus manos, mientras se defendía de los golpes, Valentín sacó la navaja de barba que llevaba siempre consigo, y abriéndola a la manera de los pícaros, buscó la garganta de su contrario, y desgarró carne, llegando hasta los huesos y cortando la vena yugular. Oyóse un gemido ronco, y el gotereo de la sangre, seguido del jadear de la víctima, cuya cabeza chocó sobre los ladrillos, como algo pastoso.

Valentín logró desprenderse de los brazos que aun lo sujetaban, en los estertores de la agonía, y esperó, hasta que se hizo el silencio, un silencio trágico, turbado sólo por el ruido de la lluvia y del vendaval.

Entonces, se resolvió a encender la luz, y vio a don Sergio, extendido a lo largo, exangüe, con las manos crispadas y los ojos aun abiertos y espantados. En la boca se dibujaba un rictus de angustia y de dolor, la última contracción de los nervios, sorprendidos por la muerte antes de la queja postrera.

Cándida, inmovilizada por el pánico, contemplaba la escena macabra, con ojos aterrados. Iba a decir algo, pero la voz se le apagaba en la garganta.

Valentín limpió la sangre de las manos y el sudor del rostro, guardó luego el arma y se dispuso a seguir la busca. Quería intentar el último esfuerzo para hacerse con el tesoro. Y revolvió de nuevo los muebles, sin precauciones, tumbando pilas de géneros, golpeando los muros y apartando los enseres de la trastienda, hasta que dio con las llaves de la caja, que estaban debajo del colchón.

Abrió la caja de hierro y la vació con presteza. En dinero había algunos fajos de billetes y unas pilas de monedas de plata, una miseria, que no llegaba a doscientos pesos. Dentro de los cajones había una ristra de recibos de un Banco, y Valentín comprendió que

el caudal que atesoraba don Sergio lo iba depositando en ese establecimiento. en vez de enterrarlo.

Y entonces sólo pensó en huir, en poner tierra en medio, antes de que entrase el día. Marcharíase hasta Envigado, para esperar allí el tren y probar la coartada. En los bolsillos guardó los billetes y monedas y se dispuso al viaje, después de apagar la luz. Pero Cándida le asió de un brazo, loca de temor, al ver que la dejaba a solas con el muerto.

—¡Por Dios, Valentín no me abandone!
Valentín ya no se acordaba de ella. Y era preciso sacarla de allí y darle las instrucciones para el día siguiente. ¡Qué contrariedad!

—¡Venga, venga, pronto!—le dijo, arrastrándola hasta la calle.

La puerta del zaguán del Hotel estaba entornada, y Valentín pensó que lo mejor sería que Cándida entrase.

—Yo me tengo que ir a la carrera, Cándida... Usté váyase a su cuarto... Y ya sabe: que no vio a nadie... Adiós, Cándida...

Y partió, a toda prisa, hacia el sur, dejando a la mujer en el patio de la fonda, medio muerta de pavor y de angustia, mientras a lo lejos, por las montañas del oriente, se anunciaba ya la claridad del día.

5

En una casa de reclusión, dirigida por una comunidad religiosa de mujeres, expiaba Cándida su crimen. Habíanla condenado a seis años de castigo, como cómplice de Valentín en el asesinato perpetrado en la persona de don Sergio Pereira.

El edificio era amplio, murado con tapias altísimas, al estilo de los conventos, y a

recaudo de las casas vecinas, merced a patios en donde crecían árboles coposos. Vivíase allí una existencia plácida, igual, sometida a reglas estrictas, pero que a Cándida le parecieron muy llevaderas, porque no tenía ya encima aquellas amas duras, ni aquellos hombres groseros.

Algunas veces, el recuerdo de la muerte de don Sergio, de la noche trágica en que tuvo lugar el drama sangriento, la afligía, produciéndole un remordimiento amargo, una congoja que la obligaba a llorar.

El resto de su vida pasada, casi se había borrado de su imaginación, aun lo atañedero a Valentín, que fue, en el desierto de sus sinsabores y padecimientos, como un oasis de ventura, desgraciadamente de tan corta duración.

Cándida había vuelto a ver apenas a Valentín en el careo del juicio y en las audiencias públicas, cuando los sentaron juntos, en el banquillo de los acusados.

A Valentín le habían detenido en Salamina, como presunto asesino de don Sergio; y aunque siempre negó el crimen, le condenaron a diez años de presidio, por homicidio con premeditación.

Cándida llegó a convencerse de que tenía parte principalísima en la muerte de don Sergio. En sus discursos chabacanos, el fiscal la había pintado como un monstruo, como un peligro para la sociedad; y el mismo defensor de Valentín, empeñado únicamente en aminorar la culpabilidad de éste, presentó a Cándida como mujer inicua y perversa, que seducía a los hombres y que luego los inducía al delito.

Cuando llegó a la penitenciaría, las Hermanas y las reclusas la miraron horripiladas, porque hasta ellas había llegado la notoriedad de

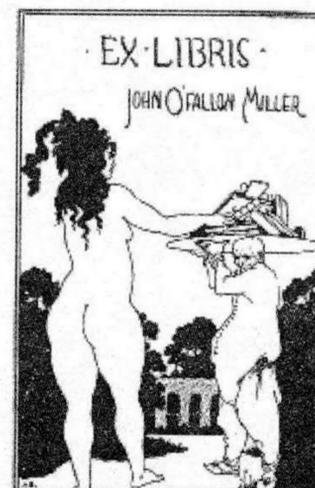
aquella fiera humana, manchada con sangre de un pacífico burgués. Pero el aspecto humilde y resignado de Cándida, su mirada ingenua, su porte dulce y su conducta intachable y mansa, fueron borrando poco a poco la primitiva impresión.

Y Cándida, después de las torturas que le deparó el mundo, después de las vicisitudes de su triste vida, de esa vida que lanza sus criaturas a que la suerte las triture sin piedad, halló calma y quietud en su nueva existencia de reclusa, el reposo que merecían su cuerpo maltratado y su espíritu sencillo, su envoltura carnal y su alma buena, de víctima predestinada al vicio y al dolor.

Cuando la Hermana leía en un libro de oraciones aquellas preces que decían: "Perdona, Señor a tu sierva, que ha desoído tus consejos, y que ha correspondido a las infinitas mercedes de la Providencia con los pecados vitandos"...

...Entonces Cándida lloraba, en silencio, para no perturbar la santa lectura.

Abril de 1923
Bernardo Vélez



Nada mengua tanto la satisfacción que sentimos de nosotros mismos que ver que aprobamos hoy lo que desaprobamos tiempo atrás.